

2024.02.03

Las páginas en blanco se consiguen a llenar lentamente, como cuando las hormigas van saliendo de su hormiguero en busca de alimentos y se dirigen, una detrás de la otra, en orden, aparentemente sin rumbo, pero abriendo camino.

Las páginas en blanco también son como la mente en la meditación que, de pronto, tiene un pensamiento inesperado, que aparece de la nada, como queriendo responder a una pregunta que nunca se ha hecho.

Un pensamiento inesperado, que aparece de la nada, como queriendo hacer un interrogante que tal vez nunca sea respondido.

Las páginas en blanco también son como la calma de la meditación, que se interrumpe por

una emoción que emerge, sin saber si viene del pasado o si viene de futuro, una emoción que no sabemos si queremos mantener o si queremos desechar. Una página en blanco es como ese tiempo eternamente lento y vertiginosamente rápido que transcurre entre dos personas que saben que tienen entre sí una conversación difícil, que de pronto, sin saber cómo, comienza a fluir, tranquilamente al principio, lo que genera una tensa calma, por la expectativa mutua de, que tal vez, se termine con una sola palabra que pueda ser entendida de forma diferente por cualquiera.

Una página en blanco es como la mesa de un restaurante, cuando el comensal revisa el menú sin

tener el ansia de lo que le
apetece. Y a medida que ve y
descarta las opciones del menú, ese
blanco de la página, se torna
más blanco, si es que eso es
posible. Y cuando finalmente se
decide y hace la orden, ese
blanco de la página comienza
a vibrar con una frecuencia
directamente proporcional al tiempo
en que se demora el servicio y el
grado de apetito del comensal.
Al servir la entrada, es como el
primer párrafo que ya ocupa esa
página en blanco. Y las impre-
siones del sabor de esa entrada
pueden dejar en firme la escritura
y tal vez, si no fué del agrado,
se tome un borrador para eliminar
letra por letra el contenido
de ese párrafo y la página queda
en ansioso blanco a la espera del plato PPD.